

EL COLEGIO DE SAN MIGUEL DE GUAYANGAREO

Herrejón Peredo, Carlos. *El Colegio de San Miguel de Guayangareo*, México, Frente de Afirmación Hispanista, A.C. 1995, 266 pp.

La presente edición de *El Colegio de San Miguel de Guayangareo* del historiador Carlos Herrejón Peredo, constituye una importante aportación para los estudios de la Historia de la Educación en Michoacán, ya que viene a rescatar parte de la historia de la primera institución educativa fundada en el valle de Guayangareo. La creación de dicho Colegio respondió a la necesidad que tenían los vecinos de la Nueva Ciudad de Mechoacan de proveerla con las instituciones y servicios necesarios que la ayudaran a consolidarse y así disputar a la ciudad de Pátzcuaro la capitalidad de la Provincia michoacana.

Los primeros años de vida no fueron fáciles para la ciudad ni para el Colegio de San Miguel, ambos tuvieron que enfrentar y resolver serios problemas para su sobrevivencia. Los documentos de la época que se refieren a este Colegio señalan a fray Juan de San Miguel como su fundador, allá por los años de 1548-49, y a partir de entonces quienes asumieron la responsabilidad de velar por su desarrollo académico fueron los franciscanos, dejando la administración económica a las autoridades civiles de la ciudad, dando con ello un carácter secular a la institución.

Los primeros años de la segunda mitad del siglo XVI representaron tiempos muy difíciles para la pretendida Nueva Ciudad de Mechoacan que no lograba consolidarse, si bien contaba con el apoyo de las autoridades virreynales, el obispo Vasco de Quiroga se negaba a reconocerla. Esta situación necesariamente se reflejaba en la vida cotidiana del nuevo asentamiento urbano, el cual no podía alcanzar el crecimiento deseado, en consecuencia y dado el reducido número de familias que en ella moraban, la matrícula estudiantil se mantenía baja.

Al respecto es importante señalar que los alumnos que asistían a este plantel eran “los dichos hijos de los vecinos, así los legítimos como los mestizos habidos en las mujeres de la tierra naturales” además podían “deprender los hijos de los caciques y principales y naturales”. De esta manera tanto los españoles como los indígenas aprendían a convivir entre sí y a aceptar al nuevo componente de la sociedad novohispana: el mestizo. Los estudios solían dividirse, según nos lo señala Herrejón Peredo en su obra, en dos categorías, aquella donde se brindaba la enseñanza más elemental sobre leer, escribir y contar a cargo de algún “maeso” y otra donde aparte de aprender la gramática en cuestiones de la fe católica y “toda policia”, bajo la responsabilidad de un preceptor. En 1570, la cantidad de aspirantes de este nivel aunado a otro tipo de dificultades obligaron al Cabildo Civil de Guayangareo a enviar a algunos jóvenes del lugar a hacer estudios de gramática al Colegio de San Nicolás de Pátzcuaro.

En 1580, al trasladarse la sede catedralicia de Pátzcuaro a la recién nombrada ciudad de Valladolid, lo hizo también el colegio que le dependía, frente al cual el Colegio de San Miguel no pudo competir. Por ello y una vez hechas las negociaciones del caso, el Cabildo Civil cedió al Cabildo Eclesiástico todos los derechos que sobre el Colegio de San Miguel y sus bienes había ejercido hasta entonces, con lo cual, finalmente estas dos instituciones quedaron fusionadas el 10 de octubre de ese mismo año.

Por lo anterior señalado podemos decir que, el Colegio de San Miguel funcionó como tal durante tres décadas de las que nos da cuenta el historiador Carlos Herrejón Peredo, en este libro que dividió en cuatro partes: Síntesis Histórica del Colegio de San Miguel, Apuntes para los anales de fray Juan de San Miguel, El libro de cuentas del Colegio y Otros documentos sobre el Colegio de San Miguel. En la primera parte se brinda una bien lograda

síntesis histórica de la institución educativa, desde sus orígenes hasta la fusión con el Colegio de San Nicolás.

La segunda parte ahonda en el conocimiento de la vida del fundador del plantel, el ilustre evangelizador fray Juan de San Miguel, que el autor entrega dividida en tres etapas: la primera da cuenta desde su nacimiento en el año de 1500 hasta el viaje a la mar del sur en 1533; la segunda registra la actividad misionera de fray Juan entre 1534 y 1554; la tercera y final marca el epílogo de su vida con el retorno a la meseta Tarasca, donde habría de morir en 1559.

La tercera parte de la obra contiene un documento de gran trascendencia histórica: *El libro de cuentas del colegio de San Miguel de Guayangareo*, mismo que el doctor herrejón Peredo felizmente recupera y, al publicarlo, lo incorpora a las fuentes de consulta obligada para los estudiosos de la Historia de la Educación en el azaroso siglo XVI, tan escaso de noticias en cuanto a colegios novohispanos se refiere, especialmente de aquellos que no dependieron de la iglesia, como es el caso.

Es importante señalar que el libro de cuentas del Colegio de San Miguel es el producto del acatamiento de una orden del virrey Luis de Velasco, quien en el año de 1552 dispuso que se registrasen en un libro todos los bienes y escrituras del colegio, y que este debía de permanecer guardado en “caja de tres llaves”. La disposición virreynal no sólo fue cumplimentada, sino que, además, incluyó algunos de los movimientos administrativos; especialmente, los concernientes a los diputados o administradores, sus nombramientos y cuentas tomadas a los diputados salientes.

A partir del año de 1566 se registró en el libro otro tipo de asuntos de corte también administrativo, como es el caso de algunas tierras o la inclusión de contratos, como el del Maeso Francisco de Chávez. Este documento aporta interesantes datos sobre la organización académica del colegio, donde debería de residir y enseñar a leer y a escribir el maeso a los niños bajo el siguiente horario: “de las siete de la mañana hasta las once, desde la una, después de medio día, hasta las cinco”.

El documento concluye con el acta de entrega del libro de cuentas y demás papeles del caso, fechada el cuatro de noviembre de 1580. Con ello, de la ciudad de Valladolid cerraba una importante etapa de la vida académica de la ciudad. Posteriormente, algún encargado del colegio de San Nicolás, utilizó el libro para registrar algunas cuentas sueltas, mismas que permiten

a los estudiosos de estos temas acercarse a la cotidianidad de los nicolaitas del siglo XVII, que es el período al que pertenecen estas notas.

Cierra el libro con una cuarta parte; misma en la que el doctor Herrejón incluyó los restantes documentos que hasta ahora se conocen sobre el Colegio de San Miguel de Guayangareo, dispersos en archivos de México y del extranjero. El autor ejerciendo su oficio con esmerado empeño y dedicación, que bien puede resumirse en la palabra amor, supo recogerlos a través de muchos años de silenciosa búsqueda. Con ello la obra que ahora se edita por tercera ocasión queda actualizada, pero aún en espera de nuevos hallazgos que vengan a desentrañar los difíciles años de lucha por conformar a esta ciudad que hoy compartimos.

Silvia Figueroa Zamudio